忠勇
Disney
MULÁN
La novela

La novela

Adaptación de Elizabeth Rudnick
A partir del guion de Rick Jaffa, Amanda Silver,
Lauren Hynek y Elizabeth Martin
Basada en *Mulán* de Disney

LIBROS Disney

© 2020 Disney Enterprises, Inc.
© de la traducción: Marta García Madera, 2020
Todos los derechos reservados
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: marzo de 2020
ISBN: 978-84-17062-16-3
Depósito legal: B. 2.558-2020
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

Hacía tiempo que había salido el sol sobre el tulou chino en el que vivía Mulán. Se encontraba de pie en medio del recinto circular de edificios conectados que formaban su casa y la de sus vecinos. A su alrededor, oía los sonidos amortiguados de los lugareños que estaban cerca. Desde el balcón de un segundo piso, una madre llamaba a su hija para que entrara la colada. En una cocina de la planta baja, una cuchara golpeaba los lados de una olla mientras otra madre preparaba la cena. Desde el espacio entre los edificios que conducía a la calle, Mulán oía los mugidos bajos de varias vacas grandes que eran conducidas a un pasto nuevo y el graznido de algún pollo extraviado cuando las pesadas pezuñas de las vacas caminaban peligrosamente cerca. En su propia casa, situada en medio de todas las demás,

Mulán oía el constante clic-clic, clac-clac de la lanzadera que utilizaban su madre y su hermana menor para tejer.

Pero los sonidos no distraían a Mulán. Había crecido con ellos. Había pasado todos los días de sus siete años junto a aquel número reducido de personas. Los clics y clacs ya no eran más que ruido de fondo para su misión de ese momento: conducir los pollos al gallinero.

Por desgracia, los pollos no estaban de humor para eso. Mulán y su padre, Hua Zhou, llevaban una hora intentando guiar al pequeño grupo de aves de un lado del patio al otro. Pero cada vez que conseguían que la mayoría fuera en la misma dirección, una se escapaba y echaba a correr. La frente de Mulán estaba salpicada de gotas de sudor por haber corrido de aquí para allá delante de su padre para intentar detener a los animales. Le empezaba a doler el brazo de golpear el palo de madera contra el suelo para que los pollos le hicieran caso. Pero todavía daba saltos al caminar y, aunque su padre parecía listo para acabar aquella tarea, Mulán estaba impaciente por seguir. Le encantaban los retos. Y encargarse de los pollos sin duda lo era.

—Poco a poco, Mulán…

La voz de su padre era severa, pero amable. Mulán alzó la vista y vio los cálidos ojos marrones de Zhou mirándola. Le sonrió. Sabía que muchas personas del pueblo se sentían intimidadas por su padre. Él siempre andaba con la cabeza alta y sacando pecho. Había sido un guerrero feroz, pero su cuerpo

se había hecho frágil con la edad. Estaba ligeramente encorvado y el pelo ya no era abundante. Sin embargo, conservaba un aire de confianza en sí mismo pese a la cojera que le obligaba a caminar con bastón. Pero, para Mulán, no era feroz ni aterrador. Era su padre. Y lo adoraba.

Mulán, que tenía siete años, sabía que, en teoría, tenía que pasar el tiempo ayudando a su madre a ocuparse de la casa, pero no le interesaba tejer, ni cocinar ni limpiar. La mera idea de hacer aquellas tareas aburridas bastaba para hacerla bostezar. En cambio, a su hermanita Xiu le encantaban las tareas domésticas y las hacía muy bien. Así que, tal y como había afirmado Mulán en más de una ocasión, era mucho mejor que ella se dedicara a ayudar a su padre, que no tenía hijos que se ocuparan de cosas como los molestos pollos, y que dejara que Xiu trabajara con su madre.

Un fuerte graznido hizo que Mulán volviera a concentrarse en su tarea. Como si al final cayeran en la cuenta de que el gallinero significaba comida y descanso, los pollos empezaron a ir hacia allí en grupo. Mulán soltó un gritito de alegría, lo que sorprendió a una anciana que estaba dentro del santuario que había en medio del patio comunitario. Estaba encendiendo incienso en la base de la gran estatua del ave fénix que dominaba el recinto. Igual que el resto de la construcción, el santuario había visto tiempos mejores: faltaban tejas y varias tablas estaban un poco sueltas; sin embargo, la estatua se conservaba en buen estado. Para quienes vivían en el

pueblo, aquella imagen era la parte más sagrada e importante de su pequeño mundo: representaba a sus antepasados, era una conexión con las personas que los habían precedido. Y cada hombre, mujer o niño dedicaba un momento del día a acudir al santuario y disfrutar de la calma y la paz que aportaba aquel lugar. Casi siempre.

Por un momento, parecía que el trabajo de Mulán hubiera acabado. Mientras ella empezaba a retroceder, su padre hacía pasar los últimos pollos por la puerta abierta del gallinero. Con el rabillo del ojo, Mulán vio que un pollo solitario se desviaba del grupo. Frunció el ceño. Miró a su padre. Zhou estaba distraído, asegurándose de que entraran todas las aves y no se dio cuenta de que una se había escapado. Una mirada de determinación cruzó la cara de Mulán: sin hacer ruido, se escabulló, agachándose y zigzagueando entre algunos vecinos mientras seguía al pollo hacia el tosco edificio de madera.

Mulán mantuvo un ritmo constante y anduvo despacio. En la cabeza, oía la voz de su padre que le contaba, no por primera vez, la fábula de la tortuga y la liebre. Nadie se había imaginado que la tortuga que iba tan despacio pudiera ganar una carrera contra la veloz liebre. Sin embargo, mientras la liebre se confiaba, la tortuga cruzó la meta con un ritmo lento y constante. Por una parte, Mulán sabía que debía ser como la tortuga: esperar y permitir que el pollo se diera cuenta de que tenía hambre y que fuera al gallinero solo. Pero, por otra, le costaba muchísimo hacer las cosas a un ritmo lento y cons-

tante; como a la liebre, le gustaba correr a toda velocidad. No quería esperar.

Mientras observaba al pollo apartarse cada vez más de ella, el corazón le palpitaba con fuerza y empezó a mover los dedos nerviosamente. Aumentó el ritmo. Primero, caminó rápido, después, corrió un poco y, al final, salió como una bala para atrapar al pollo. Al oír las pisadas de Mulán, el pollo soltó un fuerte ¡pío, pío! y se puso a correr más deprisa, batiendo las alas a lo loco y haciendo volar las plumas por los aires.

¡La carrera había empezado!

Mulán persiguió al pollo por el patio, pero cada vez que estaba a punto de atraparlo, el irritante animal se iba a un lado y lograba la libertad durante un rato más.

Al darse cuenta de lo que hacía su hija, Zhou gritó:

—¡Mulán! ¡Olvídate del pollo!

Pero Mulán no quiso reducir el ritmo.

No se dio cuenta de que el pollo iba hacia el gallinero después de cruzar el santuario hasta situarse dentro de la estructura circular. Mulán se dejó llevar y siguió al pollo, que pasó torpemente por encima de la estatua del fénix. Mulán saltó tomando carrerilla y siguió saltando por encima de la antigua reliquia sagrada. Logró esquivarla con los pies… pero el palo que todavía llevaba le dio.

Con un fuerte ¡crac!, el palo golpeó a la gran ave de piedra y le rompió el ala izquierda. Fuera del santuario, otros luga-

reños levantaron la vista de sus quehaceres al oír el estruendo y soltaron un grito ahogado de asombro colectivo mientras el ala caía al suelo con un golpe seco. Habían prestado poca atención a las travesuras de Mulán, hasta ahora.

Mulán no se dio cuenta. Ya había salido del santuario y corría tras el pollo por el hueco de una escalera a un balcón en la segunda planta del edificio. Al ver a aquella chica tan enérgica, una madre joven que llevaba a su bebé en los brazos se apartó de su camino de un salto justo a tiempo de evitar las extremidades de Mulán, que no paraban de moverse. Esta se agachó a toda velocidad para pasar por debajo de un cuenco de arroz que cogían dos hombres y fue a parar justo donde una mujer tendía la ropa. La mujer se puso a gritar mientras la colada (y más plumas) volaban por los aires.

—¡Mulán! ¡Contrólate!

Al oír la voz de su madre, Mulán empezó a caminar más despacio. Vio a Li. Estaba de pie, delante de la puerta de casa, con los brazos cruzados y el ceño de su bonita cara fruncido. A su lado estaba Xiu que, a diferencia de su madre, parecía encantada de ver a Mulán (y al pollo) corriendo hacia ellas por el estrecho balcón de su casa.

El pollo había llegado al final del balcón y volvía a volar por los aires. Las alas cortas y el cuerpo pesado le impedían ir lejos, pero fue capaz de llegar a la azotea, desde donde volvió a saltar. Mulán volvía a ir deprisa y no frenaba, aunque el final del balcón estuviera cada vez más cerca. En el último

momento, alargó el brazo, agarró una cuerda de tender la ropa y trepó por ella deprisa hasta llegar a lo alto del tejado inclinado.

Mulán se detuvo de repente, con los pies en equilibrio en el borde del tejado. Delante de ella, el exuberante campo verde se extendía por el horizonte. La hierba de las colinas onduladas se balanceaba con el viento suave, como olas en el agua. Respiraba entrecortadamente y cada vez más deprisa. El mundo era muy grande, muy dinámico. No era la primera vez que deseaba explorar lo que había más allá del horizonte. Pero era imposible que pudiera irse. Su vida y su destino estaban ligados a aquel edificio en el que se encontraba. Y, como le gustaba decir a su madre, «no se puede escapar al destino».

¡Pío, pío!

El piuleo burlón del pollo arrastró el pensamiento de Mulán desde lo imposible hasta el presente. Entrecerró los ojos y empezó a cruzar el tejado. Debajo de ella, el grupo de lugareños que se habían sentido atraídos al patio por el sonido del ala de la estatua del ave fénix estampándose contra el suelo se quedaron mirando a Mulán. Tenían cara de horror y desaprobación. Algunas de las ancianas cuchicheaban entre ellas, sin molestarse en bajar la voz.

Como si hubiera decidido que el juego había terminado, el pollo se detuvo, fue andando hasta el borde del tejado y, batiendo las alas deprisa, planeó hasta el suelo. Por si eso

fuera poco, soltó un último ¡pío, pío! y entró sin prisa en el gallinero.

Observando el pollo, Mulán asintió, satisfecha. En el suelo, su padre se apresuró a cerrar la puerta detrás de aquella ave rebelde. Mulán se sentía orgullosa. Como mínimo, se había evitado una crisis.

Pero cuando su padre levantó la vista y sus miradas se encontraron, Mulán vio que todavía quedaba otro problema por resolver. Había llegado hasta el tejado, pero ¿cómo iba a bajar? Observó la distancia entre donde estaba y el lugar mucho más abajo donde había aterrizado el ave. La invadió la determinación y cerró los puños a ambos lados del cuerpo.

—Mulán —dijo su padre, reconociendo la mirada de su hija—, escucha con atención. Tienes que respirar hondo para calmarte y, después, poco a poco, bajas deslizándote. —Los ojos de Mulán no se movían del gallinero y del pollo conflictivo que ya estaba a salvo dentro—. Deslízate —repitió el padre—. ¿Me oyes?

Mulán no contestó enseguida. Era como si el tiempo se hubiera detenido. El viento había dejado de soplarle en las mejillas y lo único que oía era el aire que le entraba y salía de los pulmones y los latidos del corazón. Sentía un hormigueo en los dedos del pie de lo mucho que quería moverse. Un paso más y podría saltar. Un paso más y podría volar igual que el pollo. Pero, entonces, el tiempo volvió a correr. La brisa volvía a revolotearle por la cara. Movió la cabeza y dejó que su

mirada pasara por el gallinero y por encima de la muchedumbre y de nuevo a su padre.

—Sí —dijo.

Zhou empezó a sonreír, pero la sonrisa se convirtió en un grito ahogado cuando Mulán dio un paso adelante no precisamente lento. Con las prisas, tropezó con el resbaladizo tejado de pizarra. Abrió los brazos y los giró violentamente a los lados para intentar mantener el equilibrio. Pero era demasiado tarde. Estaba demasiado descentrada. Mientras el grupo del suelo ahogaba un grito colectivo, Mulán se cayó.

Durante un momento horrible, estuvo segura de que iba a sufrir una caída mortal.

Pero, entonces, la mente se le aclaró. Volvió a sentir que el tiempo iba más despacio y se fijó en una viga que sobresalía de uno de los balcones y que iluminó un rayo de esperanza. Contorsionando el cuerpo de una forma que parecía desafiar la gravedad, Mulán dejó de agitar los brazos y estiró la mano para agarrarse a la viga. De esa forma, bajó más despacio. El cuerpo dejó de caer y empezó a oscilar como un péndulo alrededor de la viga. Cuando consiguió el control suficiente, la soltó y voló por el aire. Al final, aterrizó sana y salva en el suelo, y de pie.

Mulán había salido ilesa. Miró a la multitud. Le brillaban los ojos y tenía las mejillas sonrojadas por la alegría y el orgullo que sentía por haber clavado el aterrizaje.

Y entonces miró a su padre. Zhou no dijo nada. No hacía

falta. Llevaba los sentimientos escritos en la cara. Lo que Mulán acababa de hacer, el daño que había causado y el peligro al que se había expuesto eran demasiado. Mulán le había decepcionado.

A Mulán se le borró la sonrisa de la cara.